



URGENCIAS

HEMOS hecho entre todos una España muy desigual: en una comunidad se pasa mal, pero en otras se pasa mucho peor. En una recortan y en otras afeitan en seco. Mientras en Madrid mantienen el euro por receta, suspendido en Cataluña, los médicos avisan de que es peligroso impacientarse por enfermar, pero al mismo tiempo advierten que las mermas económicas en esos servicios «arriesgan vidas». Hay ocasiones en las que se ve venir a la muerte y podemos darle un plantón a la cita; en otras es ella la que elude el compromiso y comete la descortesía de no acudir puntualmente y dejarlo para luego. En este último caso, que siempre es de agradecer, mientras se acuerda el encuentro definitivo intentamos atar los cabos sueltos de la madeja que es toda vida humana. Hay quienes incluso aprovechan la prórroga para redactar su epitafio. Los hay de todas clases, pero abundan los del autoelogio: los que aseguran que han querido ser buenos y dicen que han amado a sus parientes más cercanos y los que han dedicado ese caudal de amor a su patria. Entre todos, me acuerdo siempre del que propuso para su último alojamiento el gran Miguel Mihura: «Ya decía yo que ese médico valía muy poquito».

El recorte en urgencias va a hacer dificultosa la valoración del médico que nos asista por última vez. La crisis nos ha puesto más difícil la vida a todos, pero también la muerte. Especialmente en zonas rurales de Castilla-La Mancha, la gente se ha echado a la calle para pedir que no se cierren las urgencias y que quieren médicos, pero no teleoperadores. Las pancartas, que han reemplazado a los molinos, recuerdan que diez minutos salvan vidas. La salud, que no presagia nada bueno, está amenazada. La buena gente del pueblo, de cualquier pueblo, dice que es lo primero, muy por delante en todos los horóscopos del dinero y del amor. Sabemos que la mortaja no tiene bolsillos, pero hay quienes se empeñan en que sepamos también lo que era bueno y derrochamos. Se acabó lo que se daba.